



## Buscar la verdad, sentido profundo de la existencia humana

*"¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Hemos venido a adorarlo" (Mt. 2,2)*

### 1. El ser humano en busca de felicidad

#### - Introducción

La felicidad es un estado de plenitud, de satisfacción íntima y personal, que se proyecta en nuestro obrar y que tiene un efecto benéfico en todos los órdenes de la vida. Por el contrario la infelicidad viene a ser como un estado interno de frustración, de vacío, de malestar, que también se manifiesta en los pensamientos y acciones. La infelicidad se asocia comúnmente a la frustración que se experimenta por la ausencia de amor, o de logros vitales y profesionales, o de reconocimiento por parte de los demás.

Existe en el corazón humano la tendencia a una felicidad plena e ilimitada. La persona tiene en su vida programas, planes y proyectos concretos que en principio le producen ilusión y que le animan a trabajar con interés pensando que, una vez alcanzados, le otorgarán la felicidad. Trabaja y se sacrifica por ellos, se esfuerza por conseguir aquello que es la meta de su existencia. Pero experimenta una y otra vez que una vez alcanzadas esas metas, no encuentra la plenitud y la felicidad que esperaba, y consecuentemente, ha de empezar de nuevo. Acostumbra a suceder que en el momento en que se alcanza un propósito, se experimenta también que esa meta alcanzada no llena del todo. Se ha logrado mucho, sí, pero se tiene que iniciar otro proyecto que satisfaga más plenamente. Experimenta así la finitud de todo cuanto consigue y sufre por ello una perenne insatisfacción que hace de su vida una continua expectativa sin encontrar algo o alguien que le llene plenamente, que le satisfaga en totalidad.

El ser humano se plantea el problema de su felicidad en términos de infinito, en términos de trascendencia. Al animal no le ocurre esto ya que es feliz en la medida que estén cubiertas sus necesidades, y ahí termina toda su inquietud. Pero en la persona no es así: satisfechas sus necesidades primarias de alimento y bienestar, al menos en el mundo occidental, se le plantea el problema de su felicidad en tonos más profundos que pueden llegar a hacerse dramáticos, ya que justo cuando ha conseguido un estatus de bienestar material, brota del interior la sensación de vacío, de falta de sentido de la vida.

El hombre necesita una razón para vivir, para sufrir, para entregarse, para dar lo mejor de sí mismo, para morir. La felicidad llega como consecuencia de haber entregado generosamente lo mejor de uno mismo por una causa noble. Esta experiencia no es nueva, es antigua como la vida misma.

#### - El ejemplo de san Agustín

Veamos el ejemplo de san Agustín. Se trata de uno de los pensadores y escritores que más influencia ha tenido en la historia de la Iglesia y de la humanidad en todos los órdenes del pensamiento. Su recorrido vital viene a ser como un paradigma de la búsqueda de la felicidad, como un itinerario que puede ser corroborado por muchos jóvenes de hoy.

Nació el año 354 en el Norte de África. Su madre Mónica, era cristiana, y su padre Patricio, pagano. Desde la infancia Agustín ve el contraste de la vida cristiana de su madre, y la vida pagana de su padre. Además del ambiente familiar, con sus contradicciones, tiene delante de sí un mundo decadente. Toda la estructura del poder del Imperio Romano comenzará a resquebrajarse, empujada por la división interna y por la pérdida de valores. Los valores de la moral no existían. El deseo de disfrutar del momento presente se imponía como ley. Este clima ejercía una gran influencia en los jóvenes.

Agustín nos habla de la búsqueda de la felicidad. Deseaba disfrutar de la vida, deseaba ser feliz, amar y ser amado. Convivía con una mujer con la que no estaba casado, entre sus amigos era considerado un triunfador, profesionalmente era brillantísimo, ganó la cátedra de Retórica de Milán. Llega a su apogeo cuando le encargan el panegírico del emperador. Pero él mismo cuenta en las Confesiones (Cf. Confesiones VI, 6,9) que camino del palacio del emperador vio salir de un callejón a un borracho que cantaba alegre y despreocupado, y deteniéndose dijo a sus amigos que envidiaba a ese borracho porque le veía una alegría que él no había conseguido jamás. ¿Cómo es posible que el joven triunfador tuviera un momento de envidia de un pobre borracho? Agustín lo tenía todo, humanamente hablando, pero no era feliz. Pero no se detuvo, no se conformó, y siguió buscando respuestas a sus interrogantes.

No es muy diferente la circunstancia personal y social que vive el joven Agustín y la que nos toca vivir a nosotros. Podríamos encontrar muchos paralelismos entre su época y la nuestra, podríamos encontrar muchas semejanzas entre los anhelos profundos de su corazón y los anhelos del nuestro, entre su búsqueda de la felicidad y la nuestra. En cualquier etapa de la vida, pero sobre todo en la juventud se vive la incertidumbre y el riesgo, la utopía y la aventura. No nos faltan madres que nos animen a seguir el buen camino. Tampoco faltan cantos de sirena que nos llaman al consumismo, al triunfo a cualquier precio. Nos sentimos envueltos por un ambiente en el que percibe un cierto menosprecio e incluso desprecio por la verdad, por la sabiduría. Corremos el riesgo de perder el norte influidos por el relativismo reinante y quedar atrapados por la red del consumismo y del hedonismo más superficial.

La búsqueda de la felicidad es el centro de la vida humana, el punto de confluencia de todas las expectativas humanas. Hoy día muchas personas buscan la felicidad como san Agustín y como todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, pero a veces se busca por caminos equivocados, por caminos que no conducen a ella:

- A través del poder y del dominio sobre los demás. Desde la soberbia del dominador, del que somete a los demás a los propios designios.
- A través del éxito, del triunfo. Un triunfo material y aparente que divide a las personas en triunfadoras y perdedoras.
- A través del placer. Desde la idolatría del sexo, de la droga, de lo material.
- A través de la riqueza. Una riqueza que desencadena mecanismos de seguridad. Esos mecanismos se complementan con la necesidad fundamental que el ser humano tiene de seguridad. En consecuencia, el ser humano busca un fundamento estable sobre el que apoyar su presente y su futuro y lo encuentra en la riqueza.

## **2. El hombre de hoy tiene sed de Dios**

La búsqueda de la felicidad desemboca en el deseo de encontrar a Dios. ¿Pero cómo?

- Deseo natural de ver a Dios

El deseo natural de Dios está inscrito en el corazón del hombre por la sencilla razón de que éste ha sido creado por Dios y para Dios. Por eso, sólo en Dios puede apagar su sed de trascendencia, sólo en Dios puede encontrar la verdad, el bien, la felicidad y el sosiego que anhela su corazón. El Concilio Vaticano II nos lo recuerda con claridad: "La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador" (GS 19,1).

Esta búsqueda se ha expresado a lo largo de la historia y se sigue expresando en la actualidad de las más variadas formas a través de sacrificios, cultos, oraciones, reflexiones, etc. A pesar de las imperfecciones, desviaciones y ambigüedades que podemos observar, el conjunto de esas formas practicadas universalmente en el espacio y el tiempo, nos permite poder afirmar que el ser humano es un "ser religioso".

Decir que los hombres de hoy tienen sed de Dios nos lleva a la doctrina clásica de Tomás de Aquino, según la cual las criaturas intelectuales, la persona humana en concreto, tienen un deseo natural de ver a Dios, sumo bien. El razonamiento de Tomás de Aquino es diáfano: es evidente que todos los hombres desean la felicidad (Cf. In IV Sent Dist 43 q 1 a 1 co). Ahora bien: la felicidad perfecta sólo puede concebirse como el objeto óptimo (Dios mismo), percibido por la operación más noble (el conocimiento), de la potencia humana más perfecta (el entendimiento) (Así se expresan los textos del Comentario a las Sentencias, de la Suma contra los Gentiles y de la Suma de Teología (In III Sent Dist 27 q 2 a 2 ad 4; CG I, 10, 4; CG II, 55, 13; CG III, 25, 3. 4. 5. 7. 8. 10. 11; CG III, 40, 5; CG 48, 3; CG 51, 1; STh I q 12 a 6 ad 4; Sth I - II q 2 a 1 (De his in quibus beatitudo consistit); I - II q 2 a 3; q 3 a 8 co).

Por otra parte, Tomás de Aquino coloca al lado de la verdadera y perfecta felicidad - el conocimiento de Dios en sí mismo- la felicidad imperfecta, como sería la contemplación de los ángeles o de las ciencias especulativas (Cf. S Th I-II, q 3 a 8 co). De manera semejante, en esta tierra, el hombre necesita un mínimo de bienes materiales, de honor y de amistades que son connaturales a la condición humana y a sus operaciones. Por eso, la felicidad humana no puede consistir "principalmente" en los honores y lo mismo se puede decir de las riquezas o de las amistades, con lo cual el mismo Tomás de Aquino abre la puerta a esta categoría de felicidades imperfectas.

De estas afirmaciones concluimos que todo hombre guarda en el seno de su personalidad la sed de Dios... muchas veces escondida. A menudo eclipsada por la fugacidad de las cosas del mundo o por el relieve que el mismo hombre o la sociedad en que vive otorga a las "felicidades imperfectas" (riqueza, éxito, honores...). Por eso, aunque la sed de Dios aparece inscrita en lo más hondo del corazón del hombre, a menudo está escondida por las felicidades aparentes de este mundo.

San Juan narra en su evangelio (Cf. Ju 12, 21) que entre los peregrinos que habían subido a Jerusalén con motivo de la celebración de la Pascua, había unos griegos

que se dirigen a Felipe y le manifiestan su deseo de ver a Jesús.

- Deseo de ver a Jesús

Estos peregrinos griegos que quieren ver a Jesús seguramente sienten curiosidad por conocer a un maestro famoso, quieren conocerlo personalmente, sobre todo quieren plantearle sus inquietudes personales, las preguntas fundamentales de su vida. Como todo ser humano en algún momento de su existencia, aquellos griegos en el fondo lo que buscaban era la respuesta a la pregunta profunda sobre el sentido de la vida.

Ahora bien, quien con sinceridad busca la verdad y el bien, quien se libera de prejuicios y de miedos, fácilmente se encuentra con Cristo, porque es él mismo quien siembra la inquietud en el corazón, y quien sale al encuentro. La dimensión más profunda y sublime del ser humano es la vocación, es decir, la llamada a establecer una relación personal con Dios.

Esta referencia, este deseo, está en lo profundo del corazón humano. Dios nos crea por amor y el sentido de nuestra vida consiste en ser amados por Dios y por los demás, y en corresponder a ese amor amando a su vez a Dios y a los demás. De ahí el anhelo humano de buscar y encontrar el rostro del Señor. De ahí que con el salmista, hombres y mujeres de todas las épocas y lugares repitan: "Señor, busco tu rostro" (*Salmo 27,8*). De ahí que sólo en el Señor se encuentre el descanso y la paz. San Agustín así lo expresa: "Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti" (*Confesiones I, 1*).

- Encuentro de Jesús con la Samaritana

Los Evangelios narran muchos encuentros de Jesús. Pero un episodio que indica con especial claridad lo que Él nos ofrece es el relato de su encuentro con la samaritana junto al pozo de Jacob, en el capítulo cuarto del evangelio de San Juan. La experiencia del encuentro con un desconocido que ofrece el agua de la vida es una clave para entender la manera en que podemos y debemos entablar el diálogo con quien no conoce a Jesús.

La existencia humana es como un camino de liberación, como un éxodo, como un paso de la esclavitud a la tierra prometida, de la muerte a la vida. A lo largo de este camino experimentamos todos los componentes de la vida humana: la miseria, el dolor, la enfermedad, la soledad, la pérdida de sentido y de esperanza, hasta el punto de que a veces es difícil creer en la existencia de Dios.

Así debía sucederle también a la samaritana, pero aquel día se encontró con un hombre que le revela toda la verdad. En un sencillo diálogo, le ofrece el don de Dios: el Espíritu Santo, fuente de agua viva para la vida eterna. Se manifiesta a sí mismo como el Mesías esperado, lleno del Espíritu Santo y capaz de dárselo a los hombres, y le anuncia al Padre, que quiere ser adorado en espíritu y verdad.

Este episodio del encuentro con la mujer samaritana dibuja el itinerario de fe que todos estamos llamados a recorrer. Jesús sigue ofreciendo la fe y el amor al hombre de hoy. Del encuentro personal con él, reconocido y acogido como Mesías, nace la adhesión a su mensaje de salvación y el deseo de difundirlo en el mundo. Así sucede en el relato: La relación con Jesús transforma completamente la vida de la mujer que, sin demora, como un apóstol más, corre a comunicar la buena noticia a la gente del pueblo.

El extraordinario efecto de este encuentro con el desconocido provocó la curiosidad de los paisanos de la samaritana, de modo que también ellos acuden a él. Pronto aceptaron la verdad de su identidad y pasan de oír hablar de Jesús a conocerle personalmente, comprendiendo entonces el significado universal de su identidad. Y todo esto porque se han implicado con la mente y con el corazón.

### **3. El paradigma de los Magos**

Veamos ahora las actitudes necesarias para que se produzca el encuentro con Jesús.

#### **- Introducción**

Según nos relata el evangelista San Mateo, "nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos Magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: "¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle" (Mt 2, 1-2). El tema que estamos trabajando durante esta semana en Colonia lleva este título: "Hemos venido a adorarle". Es la afirmación que hacen los Magos en Jerusalén después de preguntar por el Mesías. Dado que las reliquias de los Magos, según una piadosa tradición, se veneran en la ciudad de Colonia, desde esta perspectiva procuraremos recorrer el itinerario espiritual que nos lleve al encuentro con el Señor, siguiendo el ejemplo de los Magos.

El hecho de ponerse en camino para adorar a este recién nacido demuestra que sus almas estaban llenas de esperanza. Esto es lo sustancial de la cuestión. A la misma hora que en Belén y Jerusalén nadie se enteraba del Dios que ya habitaba en medio de ellos, unos hombres guiados por signos oscuros se lanzaban a la arriesgada empresa de buscarle: San Juan Crisóstomo lo ha dicho con una frase audaz pero certera: "No se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino".

Eran espíritus ya en camino y a la espera. Mientras el mundo dormía, el corazón de estos magos caminaba y observaba atento el mundo. Esperaban como Simeón, confiaban en que sus vidas no concluirían sin que algo grande sucediese. Simeón iba todas las tardes al templo porque esperaba, ellos consultaban al cielo y examinaban su corazón. La estrella se encendió en el cielo, pero sobre todo la estrella iluminó su corazón. Y supieron verla, supieron entender que hablaba de aquel niño esperado. Tuvieron el valor de abandonar sus casas, su comodidad, su seguridad, para lanzarse a la búsqueda de aquel niño.

#### **- Actitudes de los Magos**

Las actitudes que observamos en los Reyes Magos resultan muy ilustrativas para nuestro caminar de creyentes y de cristianos. Podemos enumerar las siguientes:

A. Ante todo un corazón inquieto, que les lleva a salir de su tierra y de sus seguridades, que les lleva a vivir con una mente abierta y atenta a los signos y al mensaje que estos signos puedan contener. Siempre es importante escrutar los signos con los cuales Dios nos llama y nos guía.

B. Actitud de búsqueda y de ponerse en camino. Búsqueda para encontrar, búsqueda para reconocer.

C. Capacidad de vivir el esfuerzo. Serían sin duda personajes acomodados, cargados de seguridades y de bienestar. Sin embargo, no temen la desinstalación, no temen afrontar las incomodidades y se ponen en camino, y se adentran por rutas desconocidas.

D. Dan muestras de una gran humildad, pues ellos, que eran sabios y estudiosos, se dejan guiar por una estrella. "Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño" (Mt. 2,9).

E. Confianza en la providencia.

F. Adoración y entrega. Y todo ello para llegar al encuentro con Jesús, para contemplar el misterio del Dios hecho carne y adoptar una actitud de adoración (Cf. Mt 2, 10-12). Al ver la estrella se llenan de una alegría inmensa, entran en la casa, ven al niño con María su madre y, postrándose, le adoran. Y a la adoración le sigue el don de ofrendas, el don de lo mejor que cada uno disponía: oro, incienso y mirra.

G. Comunicación gozosa. De la fe, de la Buena Nueva, de Cristo Salvador.

- Dios sale al encuentro del hombre respondiendo a sus expectativas

La inquietud de tantos hombres y mujeres que tanto hoy como ayer se preguntan directamente por Dios o buscan su rostro a través del seguimiento del bien, la verdad, la justicia, la libertad o la liberación humana, repite la actitud honrada y coherente de los Magos de Oriente.

Dios sale al encuentro de todo hombre, porque su voluntad salvadora es universal. Los Magos de Oriente encarnan la figura del hombre que espera y que capta la presencia de Dios en los signos de los tiempos.

La espera de Dios no es algo privativo del pueblo judío. Las religiones del mundo oriental y grecorromano alentaron una vaga esperanza también que san Pablo recoge en su discurso del Areópago hablando del altar al "Dios desconocido". Esa actitud de expectación se ha intentado satisfacer también a través de mesianismos laicos como la revolución francesa, ideológica y burguesa, de finales del siglo XVIII, que partió de Francia; o como la revolución marxista, económico-industrial del siglo XIX, que dio origen a la conciencia de clase del proletariado. O por último, como la revolución técnica del siglo XX que inaugurará la era nuclear, electrónica y espacial. Ha producido un hombre marcado por el ordenador y el consumismo, pero tan insatisfecho como los anteriores.

La conducta de los Magos buscando a Dios tras una simple estrella los muestra como prototipos del peregrinar en fe y esperanza.

La fe es la más radical de las virtudes. Gracias a la fe nos abrimos a la verdad total de Dios. La fe nos permite huir del fatalismo y de la facticidad en la que vivimos habitualmente en nuestro entorno y establecernos con normalidad en aquel nivel en el cual Dios desea que vivan sus hijos: el nivel gratuito y sobrenatural de la filiación divina.

Este camino lo hemos de recorrer todos, tanto los que recibimos el bautismo de pequeños y hemos crecido en el seno de una familia cristiana como aquellos que han sido bautizados en la edad adulta. Todo ser humano necesita de una primera

conversión que nos dispone para ser introducidos en la amistad con Dios, o estado de "gracia". Después habremos de realizar sucesivas y nuevas conversiones constantes en nuestra nueva vida de creyentes. En el origen del acto de fe intervienen diversos factores por parte de Dios y por parte del hombre: el entendimiento y la voluntad y toda la persona, la revelación, la gracia y el amor de Dios.

Los Reyes Magos supieron unir la búsqueda de la verdad con la confianza en la Providencia.

#### **4. Fe y razón en la búsqueda de la verdad**

El Santo Padre Juan Pablo II en el preámbulo a su Carta Encíclica *Fides et Ratio* nos decía que "la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad" (*Fides et ratio*, Preámbulo).

Vamos a contemplar ahora el ejemplo de Edith Stein, una vida en camino hacia la verdad, una vida en búsqueda de la verdad. Desde su propia experiencia afirmará que "el que anda tras la verdad vive preferentemente en ese centro interior donde tiene lugar la actividad encantadora del entendimiento; si en serio trata de buscar la verdad (y no de acumular meros conocimientos aislados), tal vez se halla más cerca de Dios, que es la misma verdad" (EDITH Stein, *Ser finito y Ser Eterno*, México, 1996).

- Aproximación biográfica

Nació el 12 de octubre de 1891 en Breslau. Era la menor de cinco hermanas y dos hermanos. Su padre, Siegfried Stein murió siendo ella todavía una niña. Su madre, Augusta Courant de Stein, era una judía de arraigadas convicciones, llevaba una vida de profunda piedad y gran fidelidad a la ley. Edith, en cambio, se había alejado ya en sus años de estudiante de la fe judía. Era una niña muy alegre y despierta y fue siempre una excelente alumna. También destacó como estudiante universitaria.

De esos años de estudio se pueden resaltar dos características: La primera es la búsqueda apasionada de la verdad. Desde muy temprano comenzó a preguntarse por el sentido más profundo de la existencia humana. Esa pregunta por el hombre fue la raíz y el fundamento de sus estudios filosóficos a los cuales se dedicaba cada vez con mayor intensidad. Discípula de Edmund Husserl. Las clases de Max Scheler fueron un apoyo muy importante en su largo camino de conversión, pero la influencia decisiva la ejercieron los muchos testimonios de fe de amigos cristianos y los escritos de santa Teresa de Ávila. En el verano de 1921 se convierte al catolicismo y el 1 de enero de 1922 fue bautizada en el templo parroquial de Bergzabern en el Palatinado. Una segunda característica de la joven Edith es el interés que muestra por los acontecimientos políticos de su tiempo y su conciencia de responsabilidad social, así como su compromiso en la lucha por la igualdad de los derechos de la mujer.

De los años de docencia se pueden recalcar también otros dos aspectos de su personalidad: En primer lugar la firmeza de su fe y su vivencia profunda, que es contagiosa en su entorno. En segundo lugar, su nobleza y confianza para con las personas que la vida le ponía delante. Su filosofía es una combinación original de fenomenología y pensamiento escolástico, fundamentalmente de Husserl y Sto. Tomás de Aquino. Otro importante ingrediente de su pensamiento filosófico es la mística, sobre todo la de tres autores: el Pseudo- Dionisio, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Jesús.

Edith Stein entró el 14 de octubre de 1933 en el convento de las Carmelitas Descalzas de Colonia y recibió en la toma de hábito el nombre de "Teresa Benedicta de la Cruz". El 21 de abril de 1938 hizo sus votos perpetuos y en el mismo año tuvo que emigrar al Carmelo de Echt, en Holanda, a causa de las intrigas antijudías del régimen nacionalsocialista de Hitler. Después de la ocupación alemana de los Países Bajos comenzó también en Holanda la persecución de los judíos y el primer domingo de agosto la GESTAPO tomó prisioneras a Edith Stein y su hermana Rosa, que también se había convertido al catolicismo. Ambas fueron deportadas a Auschwitz donde murieron asesinadas en las cámaras de gas el 9 de agosto de 1942.

- Buscadora de la verdad

Para Edith Stein Dios es la verdad, y quien busca la verdad, busca a Dios. Esta búsqueda de la verdad se convierte para ella en una oración. Su experiencia y sus escritos nos ayudan en la búsqueda de la verdad y del bien a los que somos creyentes, y también a muchos contemporáneos nuestros que tienen diferentes grados de vinculación con la Iglesia.

Su inquietud por la verdad le lleva a buscar y también a encontrar. Y en esa búsqueda y encuentro va entregando su vida. En una primera fase, abandona su religión judía y se sumerge en la filosofía para tratar de comprender el sentido de la existencia humana. Posteriormente, del ateísmo pasará a la fe católica y, en su seguimiento de Jesús, irá adquiriendo desde la experiencia la "ciencia de la cruz".

Cuando ella analiza su itinerario de búsqueda de la verdad, llega a la conclusión de que Dios es la verdad y de que quien busca la verdad está buscando a Dios, sea o no consciente de ello. También llegará a la conclusión de que el buscador de la verdad vive sobre todo en el centro de la actividad de su razón. Si la persona que busca la verdad lo que busca es la verdad profunda de la vida y de la realidad, y no una pura acumulación de datos, esa persona está muy cercana a Dios, que es la Verdad.

Su larga búsqueda de la verdad y de la autenticidad hallará el último y definitivo impulso en el descubrimiento de santa Teresa de Jesús. En el mes de agosto de 1921 descubre en la biblioteca de la casa de unos amigos la autobiografía de la Santa de Ávila. La lectura de la vida de santa Teresa de Jesús le fascina, le cautiva hasta el final y al final de la lectura llega a la conclusión de que ahí está la verdad.

Su vida, tanto antes de su conversión al catolicismo, como después de la misma, giró en torno a la búsqueda constata de la Verdad, una verdad que para ella lo comprendía todo: el mundo, el yo, el ser. Y buscarla era enriquecerse a sí misma con ella, conociendo la propia medida. Esta verdad, cuando es entendida como valor supremo, hace al ser humano, al hombre y a la mujer, alcanzar su plenitud.

En esta búsqueda de la Verdad llegó a conclusiones en las que supo apreciar que ser totalmente de Dios, darse por completo a Él y a su servicio por la gracia del amor, es la vocación, no sólo de algunos elegidos, sino de todo el género humano, y más aún de todo cristiano, estando o no consagrado, sea hombre o mujer. Pues quien ama la Verdad sin medida, crece sin cesar como persona. Descubre, esta santa filósofa, que en cuanto el hombre y la mujer se afanen por descubrir en plenitud el sentido de eso que se esconde en su interior, eso que le hace ser no tan sólo persona humana, sino feliz, será lo que les permitirá alcanzar la plenitud de su esencia: ser imagen y semejanza de su creador que es Dios.



## 5. Conclusión

Comenzábamos el apartado anterior con una cita del Santo Padre Juan Pablo II que ahora ampliaremos: "La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo" (Fides et ratio, Preámbulo).

Toda persona humana, dotada de inteligencia y voluntad, es impulsada por su propia naturaleza a buscar la verdad (Cf. Dignitatis Humanae n. 2). La humanidad, a lo largo de la historia, ha buscado la verdad, ha buscado el sentido de las cosas y sobre todo de su propia existencia. La exhortación "conócete a ti mismo" es un buen reflejo de esa búsqueda y de la importancia que en la Grecia clásica se daba al conocimiento de uno mismo. Las preguntas fundamentales sobre la propia identidad, sobre la procedencia y el final de la pertenece a la naturaleza misma del hombre (Ibidem n. 5). Pero actualmente, la pregunta por la verdad y la búsqueda de la verdad se ven un tanto oscurecidas. La filosofía moderna, en lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, y dedicarse en profundidad a la búsqueda de la misma, parece dedicarse más bien a destacar sus límites y condicionamientos. La consecuencia lógica ha sido el surgir diferentes formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a desembocar en una especie de escepticismo general (Ibidem n. 5).

En esta tesitura, nosotros, jóvenes cristianos que participamos en esta Jornada Mundial de la Juventud, compartimos con nuestros contemporáneos la sed de felicidad que anida en todo corazón humano, y nos identificamos con el joven Agustín. Compartimos la sed de Dios, la sed de trascendencia de todas las samaritanas de la historia. Queremos vida, sobre el mal y la muerte, sobre el más allá, están presentes en todas las culturas (Cf. Fides et ratio n. 1).

La filosofía ayuda al ser humano para avanzar en el conocimiento de la verdad porque ayuda a formular la pregunta sobre el sentido de la vida y a encontrar la respuesta. La filosofía nace cuando el hombre empieza a preguntarse el por qué y el para qué de las cosas. La filosofía muestra que el deseo de verdad estar atentos, en actitud de búsqueda como los Reyes Magos, para captar los signos que nos llevan al encuentro con Jesús. Como santa Teresa Benedicta de la Cruz, buscamos la Verdad, buscamos a Dios, y nos encontramos con Él, y nos encontramos con Cristo, Verdad, Vida y Camino por el que transita nuestra existencia. Y después de este encuentro con Cristo, nos entregamos por completo a Él.

Queridos jóvenes, Cristo, el Señor, se nos presenta como la Verdad: "Yo soy la verdad" (Jn 14,6). Cristo es la Verdad de la creación, del cosmos, de la historia humana. Cristo Verdad es el sentido profundo de la existencia humana, es la Realidad que sustenta toda otra realidad. Vosotros habéis recibido esta Verdad, vosotros la habéis acogido, vosotros debéis vivir en Cristo, vivir en la Verdad. Ahora es preciso que seamos testigos de la Verdad, que demos razón de nuestra fe y de nuestra esperanza en Cristo en todos nuestros ambientes. Tendremos que preguntarnos si nuestra vida está centrada en la verdad, en la coherencia, en Cristo, o vivimos en la apariencia, en la simulación, en las medias tintas o en las posturas ambiguas.

Es posible que en vuestros ambientes sea difícil manifestarse como cristianos, es posible que sea difícil integrar la verdad del evangelio en la vida cotidiana en un

contexto social que a menudo menosprecia el proyecto de vida cristiana y en el que casi es más fácil declararse agnóstico que creyente. Queridos jóvenes, vosotros sois los testigos de Cristo, los testigos de la Luz, los testigos de la Verdad en la Universidad, en el trabajo, en vuestros ambientes. No pactéis jamás con la mediocridad ambiental ni caigáis en la tentación de las componendas con planteamientos que son opuestos a la vida cristiana. Vivid en la Verdad, transparentad a Cristo Verdad, sin imposiciones, porque la luz y la verdad no se imponen, sino que se hacen presentes e iluminan, pero con la conciencia clara de la misión de ser testigos de la Verdad.

Y es que no sólo buscamos, encontramos y vivimos la Verdad, que es Cristo, sino que nos sentimos llamados a ofrecerla a la humanidad, para que todo ser humano, hermano nuestro, conozca y viva plenamente la Verdad. Conozca la verdad de Dios, conozca a Cristo, conozca la verdad sobre sí mismo, que sólo desde la fe y desde la vida en Cristo se esclarecen.

**Mons. Josep Àngel Saiz Meneses - Obispo de Terrassa**